

La personalidad de Leonardo Polo

The Personality of Leonardo Polo

JUAN FERNANDO SELLÉS

Universidad de Navarra
ORCID: 0000-0003-1839-1276
jfselles@unav.es

RECIBIDO: 6 DE AGOSTO DE 2019
VERSIÓN DEFINITIVA: 8 DE ENERO DE 2020
DOI: 10.15581/013.22.15-33

Resumen: En este trabajo se expone la personalidad de Leonardo Polo de acuerdo con 234 testimonios más el propio del autor, y se expone en tres ámbitos: el familiar, el del plano de la amistad y el laboral o profesional.

Palabras clave: Personalidad, Leonardo Polo, Ámbitos: familiar, de amistad, profesional.

Abstract: In this work the personality of Leonardo Polo is exposed according to 234 testimonies plus the author's own, and is exposed in three areas: the family, the plane of friendship and the professional.

Keywords: Personality, Leonardo Polo, Fields: Family, Friendship, Professional.

PLANTEAMIENTO

Leonardo Polo distinguió realmente entre ‘persona’ y ‘personalidad’. La primera responde a la pregunta por el ‘quién’ que uno es. La segunda, en cambio, a la manifestación del ser personal ante los otros. Según el modo filosófico clásico de decir, se trata de la distinción real entre el *acto de ser* personal y la *esencia* del hombre. El yo lo conocemos bien, porque lo formamos nosotros, pero la persona que somos y estamos llamados a ser la conocemos escasamente, pues como Polo decía, ‘conozco mi yo, pero quien soy sólo lo sabe Dios’¹. La persona es el sentido personal que cada quien es y está llamado a ser, el cual remite a Dios, mientras que la personalidad es la manifestación –u ocultamiento– de ese sentido personal ante los demás.

La persona es nativa y creciente; es –en terminología tomista– el *acto de ser*, mientras que la personalidad, que es en buena medida adquirida², es del orden de la *esencia* del hombre. La persona es el tema de la *antropología trascendental* que mira a la intimidad. La personalidad, en cambio, es tema de la *psicología*, y asimismo, de ésta reforzada por la *ética*, o disminuida por la falta de ella. La psicología y la ética no equivalen a la antropología trascendental, pues son segundas respecto de ella. La personalidad, según Polo, tampoco equivale a la *naturaleza humana* recibida, es decir, al cuerpo humano –aunque se manifieste a través de él–, porque éste depende de aquélla, en rigor, del alma o *psique* humana y asimismo del reforzamiento ético de ésta. En suma, para

¹ También por eso cabe indicar con sus propias palabras que “la fórmula ‘yo sé quién soy’ es incorrecta, incluso ridícula”. Polo, L., *La persona humana y su crecimiento*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XIII, Eunsa, Pamplona, 2015, 96. “¿Cómo me llamo yo? Eso lo conoceré cuando conozca como soy conocido y mientras tanto no acabo de conocerme”. Polo, L., *Conversaciones sobre Antropología*, agosto de 1996, pro manuscrito, 186. A esto último se refiere “el *Apocalipsis*: ‘al que venciére le daré una piedrecita blanca, en que está escrito su nombre’. Un nombre que él solo conoce. Mi propio nombre lo sabe Dios. Yo no me llamo Leonardo Polo –nos decía–, yo me llamo con el nombre divino que Dios me da. Ese responde al ‘*Ego vocavi te nomine tuo, meus es tu*’”. Polo, L., *Conversación sobre Antropología*, 9.

² En cambio, en Cristo, la personalidad no fue inicialmente creada ni adquirida, sino asumida “¿En qué se distingue el hombre de Dios? ¿En su esencia o también en su acto de ser? ¿Y qué es el acto de ser? La *persona*. Como ya hemos señalado, en Cristología se podría oscilar entre el monofisismo y el nestorianismo. Admitir una sola naturaleza, confundir las dos naturalezas o admitir dos personas: la personalidad humana –puesto que Cristo en cuanto tal es hombre– y la Persona divina”. Polo, L., *La esencia del hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXIII, Eunsa, Pamplona, 2015, 93. De las personas divinas, sólo en Cristo cabe hablar de distinción entre Persona, que es divina, y personalidad, que es humana. De ahí que a quien más nos parecemos en la Trinidad es al Hijo.

Polo, persona equivale *espíritu* o *persona* y ésta es realmente distinta, por superior, a su *alma*. Para él, la persona tampoco es su *cuerpo*, pues aunque Kant o Merleau-Ponty hayan hablado de un ‘yo sensible’, él sostuvo que éste no existe³; además, el desarrollo de la personalidad no es pura consecuencia del crecimiento biológico, sino de la interacción manifestativa con los demás hombres.

La distinción real indicada es sencilla: la persona o intimidad mira a la realidad personal superior a ella, a Dios; en cambio, la personalidad mira hacia lo inferior a la persona, a saber, a los rasgos manifestativos propios y ajenos y a las realidades intracósmicas. “Persona –escribe Polo– alude a muchos significados –todos ellos trascendentales–, pero ante todo significa *irreductibilidad*, es decir, *quién*. *Quién* es coexistir irreductible. Se puede hablar de ‘quién’ en universal; pero su consideración como universal no es la persona (sino en todo caso, la ‘personalidad’; pero la personalidad no coexiste)”⁴.

Pues bien, dicho esto, lo que a continuación se intentará describir es la *personalidad* de Leonardo Polo, no obviamente su sentido personal, pues sólo Dios puede juzgar la intimidad de cada quién. Que ambas dimensiones del hombre están aunadas se ve claro si, como en el caso de Polo, la personalidad es fiel manifestación del sentido personal, aunque obviamente, éste trascienda majestuosamente las manifestaciones humanas. Además, se intentará esbozar sin seguir los patrones vigentes en psicología, que suele distinguir las diversas personalidades según tipologías, pues Polo sostuvo que cada persona destipologiza en buena medida su personalidad psicológica mediante los hábitos intelectuales adquiridos –de los que él estuvo muy dotado– y por medio de las virtudes; en rigor, mediante la ética⁵, campo en el que destacó y no poco.

Por otra parte, de su *corporeidad* sólo indicaré brevísimamente lo que otros testigos señalan en el reciente libro de testimonios⁶: que era alto, grande, fuerte, de frente prominente, casi calvo desde bastante joven, de mirada

³ “A algunos esa idea les ha pasado por la cabeza; a Merleau-Ponty, por ejemplo; Kant también habla de una especie de yo sensible. Pero no; no existe un yo sensible; no existe una subjetividad, una personalidad sensible”. Polo, L., *El conocimiento del universo físico*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XX, Eunsa, Pamplona, 2015, 341.

⁴ Polo, L., *Presente y futuro del hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. X, Eunsa, Pamplona, 2015, 353.

⁵ Cfr. Polo, L., *Filosofía y economía*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXV, Eunsa, Pamplona, 2015, 439.

⁶ Cfr. Soriano, G., Zorroza, M. I., Castillo, G., Sellés, J. F. (Eds.), *Filósofo, maestro y amigo. 234 testimonios sobre Leonardo Polo*, Eunsa, Pamplona, 2018. En adelante, las citas que no contengan más que los apellidos del autor, se refieren a uno de los testimonios contenidos en este libro.

profunda tras unas gafas de gruesos cristales; de porte señorial⁷; un tipo que imponía⁸, siempre vestido elegante⁹, con chaqueta, corbata, gabardina clara y boina negra, es decir, con aspecto de anciano venerable¹⁰, y con un cigarrillo entre sus manos la mayor parte de su vida¹¹.

Para bosquejar seguidamente su personalidad se atenderá a tres ámbitos: primero, al más importante, el *familiar*; segundo, al del plano de sus relaciones de *amistad*, y tercero, al *profesional*. En este cometido se tendrán en cuenta dos fuentes: en primer lugar y con mayor amplitud, los testimonios de los demás, y en segundo lugar, y escuetamente, el propio, fruto de mi copioso trato personal con él. Respecto de esta segunda fuente cuento con una rémora, a saber, que otras personas conocieron a Leonardo Polo tanto o mejor que yo. Por lo que me veo en la incorrecta posición de trazar de ‘vender miel al colmenero’. De modo que de buen grado les dejaría mi lugar a ellos y me escondería en el anonimato. Pero como el organizador del evento de la Presentación de la Serie A de las *Obras Completas* de Leonardo Polo, a saber, Juan A. García, me ha pedido que escriba sobre la personalidad de Polo, aunque sólo fuese por mi amistad con él, no está bien negarle mi colaboración. Con todo, vayan mis disculpas por adelantado.

1. LA PERSONALIDAD DE LEONARDO POLO EN EL ÁMBITO FAMILIAR

Leonardo Polo habló siempre bien de sus padres y hermanos. Si se lee con atención su libro más sencillo, *Ayudar a crecer. Cuestiones de filosofía de la educación*¹², se nota enseguida que lo que ahí indica acerca de los diversos miembros de una familia es fruto de su trato personal con los suyos, a lo que añade, eso sí, su propia y honda fundamentación filosófica. Quienes le han entrevistado sobre temas de familia, destacan su aprecio por la unión familiar, el respeto por las personas¹³, en especial por los niños y mayores, la com-

⁷ Cfr. *ibidem*, Hernández Urigüen, R., 529; Valderrama, J. C., 532.

⁸ Cfr. Navas, A., 381; Rubio, M., 467; Zorroza, I., 558.

⁹ Cfr. Sambataro, P., 475; Sesma, P., 525.

¹⁰ Cfr. Zorroza, I., 558.

¹¹ Cfr. Aguilera, J. C., 45; Braña, J. A., 98; García Cuadrado, J. A., 206; Nubiola, J., 382; González Enciso, A., 240; López Padilla, J., 300; Martínez Sáez, S., 326; Zorroza, M. I., 557.

¹² Cfr. Polo, L., *Ayudar a crecer. Cuestiones de filosofía de la educación*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVIII, Eunsa, Pamplona, 2019.

¹³ Cfr. Pintado, P., 423; Polaino, A., 430; Ponz, F., 435; Rubio de Urquía, R., 465; Sanguinetti, J. J., 486; Súnico, J., 530; Urabayen, J., 532.

plementariedad de tareas y funciones de los diversos miembros de la familia, su defensa de la vida y su considerar a la familia como el generador de la sociedad¹⁴.

A lo que precede hay que agregar que, por ser miembro numerario del Opus Dei, las personas con las que de ordinario convivió en las residencias de la Obra conformaban para él una nueva familia de vínculos sobrenaturales. En este ámbito, los que con él residieron destacan que era de trato fácil y agradable¹⁵; asimismo, su amabilidad en las entretenidas conversaciones¹⁶, su fino y gran sentido del humor¹⁷, su sintonía, aprecio y cariño filial al fundador del Opus Dei¹⁸ y al Prelado de la Obra¹⁹, su penetración en el espíritu distintivo de esta institución de la Iglesia católica²⁰, su atención –con mirada aguda y cariñosa²¹– a lo que decían los demás –atención que también prodigaba a sus amigos, colegas y alumnos en el ámbito profesional²²– y su unión con los que hacían cabeza²³.

¹⁴ Cfr. Moscol, R., 365-366.

¹⁵ Cfr. Molano, E., 347; Pastor, J., 403.

¹⁶ Cfr. Abruña, A., 39; Molano, E., 345; Peña Vial, J., 412; Rodríguez Rosado, J. J., 448; Urabayen, J., 531; Vélaz, I., 542.

¹⁷ Cfr. Alarcón, E., 50; Camey, C., 110; Colbert, J., 125; Doral, J. A., 159; Falgueras, I., 169; Fernández, F., 174; Fernández, S., 177; Flaquer, J., 188; Fontana, A., 191; Gómez Cantero, J. A., 236; Hernández Urigüen, R., 259; Hervada, J., 264; Lombo, J. A., 288-289, 293; López Jurado, B., 301; Martí, M., 313; Martínez, M., 324; Mendz, G., 328; Miralbell, I., 337; Molano, E., 345, 347; Monterde, R., 358; Murillo, J. I., 371, 375; Pastor, J., 406; Pintado, P., 426; Polaino, A., 431; Rodríguez Sedano, A., 446; Romera, L., 450; Sagües, J., 469; Sanguinetti, J. J., 486; Sanz, V., 491; Urabayen, J., 531; Vargas, C., 535; Vélaz, I., 542; González Álvarez, A. L., 630.

¹⁸ Cfr. Baturone, L., 85-86; Braña, J., 97; Collado, S., 127; De los Ríos, R., 145; Doral, J. A., 159-161; Falgueras, I., 169-170; Gallego, J. A., 202; García, J. A., 209, 212; Hernández Urigüen, R., 260; Molano, E., 347; Murillo, J. I., 378; Nubiola, J., 383; Pintado, P., 425; Ponz, F., 434; Prieto Álvarez, N., 438; Rodríguez Sedano, A., 445; Romera, L., 452; Rospigliosi, J., 459; Sanguinetti, J. J., 486; Santamaría, M., 487; Vélez, G., 545.

¹⁹ Cfr. Alonso-Bastarreche, G., 58.

²⁰ Cfr. Corazón, R., 134; Nubiola, J., 383; Santamaría, M., 487.

²¹ Cfr. Basallo, F., 82; Baturone, L., 86; Eguiguren, J. F., 163; García Kihn, M. A., 215; Haya, F., 255; Hita, I., 264; Izaguirre, J. M., 269; Martínez, M., 324; Molano, E., 349; Molina, F., 351; Murillo, J. I., 367; Peña Vial, J., 414; Ponz, F., 437; Rodríguez Sedano, A., 444; Rodríguez Rosado, J. J., 448; Santamaría, M., 487; Sanz, V., 492; Vélez, G., 545.

²² Cfr. Alonso, A., 61; Brun, C., 101-102; Codina, M., 124; Falgueras, I., 168; Fernández, F., 172, 176; Ferreira, P., 179-180; Gallego, J. A., 201; García, J. A., 210; García Kihn, M. A., 215; García Ruiz, P., 222; García-Valiño, J., 235; Gómez Cantero, J. A., 237; González Enciso, A., 238; González Umeres, L., 244; López Jurado, B., 303; Martínez-Echevarría, M. A., 318; Martínez Acuña, M. E., 322; Martínez, M., 325; Molano, E., 347; Ponz, F., 435; Ruiz Ibáñez, J. F., 469; Urabayen, J., 531; Zorroza, I., 560.

²³ Cfr. Baturone, L., 86.

Añaden que disfrutaba especialmente con algunos que convivían con él, como por ejemplo, con D. Juan Jiménez Vargas (pionero de la Facultad de Medicina de La Universidad de Navarra) o D. José María Casciaro (de su Facultad de Teología), por el contraste de personalidades, el primero porque era más bien seco y no manifestaba sus sentimientos, pero era de gran corazón²⁴; el segundo, tal vez por su amabilidad. Le gustaba estar de tertulias –a ser posible largas– con la gente²⁵, y daba a la vida de trato familiar un tono de paz²⁶ y de alegría²⁷, reflejo de su alegría interior²⁸. Era paciente y comprensivo²⁹, por ejemplo, ante el carácter a veces severo de alguien³⁰, o ante el lento aprendizaje de algunos³¹, y si alguna vez perdía un poco la paciencia, enseguida sabía pedir perdón³². Era muy obediente³³. En la casa cultivaba aficiones normales y muy económicas –juegos de mesa o de ordenador, lectura de novelas policíacas o de libros de estrategia militar, alguna que otra película de acción–³⁴. Los testigos agregan que se notaba que no sólo estaba al día en las cuestiones culturales, políticas, económicas o religiosas del mundo³⁵, es decir,

²⁴ Cfr. Doral, J. A., 158; Molano, E., 342; Ponz, F., 435.

²⁵ Cfr. Arana, J., 66; Doral, J. A., 158; García, J. A., 208; González Enciso, A., 240; González, G., 246; Guerrero, D., 252; Haya, F., 253; Illanes, J. L., 265; López Padilla, J., 300; Martín Algarra, M., 314; Moscoso, A. I., 367; Moya, F., 369; Navas, A., 380; Nubiola, J., 383; Ortiz de Landázuri, C., 390; Ortiz Ibarz, J. M., 393; Pardo, A., 400; Pastor, J., 408; Polaino, A., 431; Prieto Álvarez, N., 438; Quirós, F., 439; Rodrich, R., 444; Rodríguez Sedano, A., 445; Sagües, J., 469; Sánchez Garrido, P., 480; Santamaría, M., 487; Segura, A., 494; Vergara, J., 546; Yarce, J., 554; Gómez Veas, G., 628.

²⁶ Cfr. Múgica, L. F., 632.

²⁷ Cfr. Fontana, A., 190-192; Illanes, J. L., 267; López Escobar, E., 296; Morán, J., 360; Ortiz de Landázuri, C., 392. Ha notado su carácter alegre en sus escritos Fresneda, S., 575.

²⁸ Cfr. Ponz, F., 436.

²⁹ Cfr. Lombo, J. A., 293; Marcet, I., 311; Martínez Sáez, S., 325; Rubio de Urquía, R., 465; Ruiz Ibáñez, J. F., 469; Sambataro, P., 476; Valderrama, J. C., 533; Vélaz, I., 542.

³⁰ Cfr. Gómez Cantero, J. A., 237; González, G., 247.

³¹ Cfr. Polaino, A., 431; Ponz, F., 435; Posada, J. M., 437.

³² Cfr. Gómez Cantero, J. A., 237.

³³ Cfr. Hita, I., 264; Molina, F., 351; Pastor, J., 407; Rodríguez Sedano, A., 445.

³⁴ Sus aficiones fueron el ajedrez, el dominó, las cartas, las novelas policíacas, las películas de acción, nadar, la mecánica y montar a caballo en la finca de sus primos de Cuenca. Cfr. Franquet, M. J., 195; Haya, F., 256; Callejo, D., 109; Illanes, J. L., 267; García, J. A., 212; Hita, I., 264; Fontana, A., 190; Alonso-Bastarreche, G., 57; Flaquer, J., 188; Basallo, F., 82; López Escobar, E., 296; Fernández, F., 176; De los Ríos, R., 143; Falgueras, I., 165; Cruz, M., 138; García Cuadrado, J. A., 205; García, J. A., 212; Gallego, J. A., 203; López Padilla, J., 300; López Jurado, B., 301, 303-304; Martí, M., 313; Martínez-Echevarría, M. A., 318; Molano, E., 340, 344; Monge, M. A., 357; Monterde, R., 358; Pastor, J., 406; Rodríguez Rosado, J. J., 448; Con todo, fue poco deportista. Cfr. Monge, M. A., 357; Romera, L., 451; Vargas, A., 538.

³⁵ Cfr. Lombo, J. A., 289; López Escobar, E., 296; Miralbell, I., 338; Molina, F., 350; Pastor, J., 406; Vergara, J., 547; Villar, P. B., 548; Vives, R., 553; Bobadilla, F., 624.

que no estaba en las nubes, sino que su conocimiento de ellas era muy vasto³⁶. No obstante, jamás entró a formar parte en el debate de los grupos políticos³⁷.

Los que con él convivieron destacan también que Leonardo Polo era muy sensible, con una gran capacidad para conectar, para captar breve e intuitivamente la personalidad ajena, pues advertía su rasgo dominante, profundizaba en él y sabía manifestarlo con una palabra o expresión en la que el modo de manifestarse de esa persona quedaba retratada³⁸. Indican asimismo que era como un niño grande³⁹, es decir, inocente, carente de malicia. Además, como le tocó impartir medios de formación a los miembros de la Obra, medios que son reuniones de familia, se exigía en darlos con fundamentación y de modo agradable, y exigía a quienes debían asistir que asistieran⁴⁰.

2. SU PERSONALIDAD EN EL ÁMBITO DE LA AMISTAD

Para Polo la amistad es la superior de las virtudes, y la que hay que implementar sobre las demás en las tareas profesionales, culturales, sociales, económicas, de gobierno⁴¹, por encima de las mutuas discrepancias socioculturales y políticas⁴², e incluso de las filosóficas⁴³; por eso jamás incurría en burlas o menosprecios a los demás⁴⁴. Esto no indica que no viviese las demás virtudes, pues era muy cuidadoso en asuntos de prudencia⁴⁵, justicia⁴⁶, fortaleza y templanza⁴⁷, y asimismo en su gran y constante laboriosidad⁴⁸, pues se puede decir

³⁶ Cfr. Ponz, F., 433, 436.

³⁷ Cfr. Ponz, F., 436. Polo defendía el régimen republicano frente al monárquico. Cfr. Saranyana, J. I., 492.

³⁸ Cfr. Molano, E., 341-342; Rodríguez Sedano, A., 445; Sambataro, P., 475.

³⁹ Cfr. Monge, M. A., 356; Peña Vial, J., 414; Pintado, P., 425; Sambataro, P., 475; Sánchez Garrido, P., 481; Vargas, C., 535; Vargas, A., 538; Zorroza, I., 559-561.

⁴⁰ Cfr. Corazón, R., 135.

⁴¹ Cfr. Domínguez, P., 153; Ferreiro, P., 183.

⁴² Cfr. Olivera, C., 386.

⁴³ Cfr. García Cuadrado, J. A., 205-206; García Turza, C., 228; Jaliff, A., 271; Peña Vial, J., 413; Ponz, F., 434; Rodríguez Rosado, J. J., 449.

⁴⁴ Cfr. Izaguirre, J. M., 270; Mannion, M., 309; Martínez, M., 324.

⁴⁵ Cfr. Falgueras, I., 171; García Alonso, P., 231; García Alonso, R., 234.

⁴⁶ Cfr. Falgueras, I., 169; García, J. A., 208; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Prieto Álvarez, N., 439.

⁴⁷ Cfr. Falgueras, I., 172; Ferreiro, P., 182.

⁴⁸ Cfr. Falgueras, I., 171; García, J. A., 212-213; Mendonça, M., 326; Miñón, A., 334; Molano, E., 344; Moros, E., 362; Ortiz Ibarz, M. T., 395.

que respecto de pensar a su altura cualquier otro trabajo parece más bien descansar⁴⁹. Sí, era una persona sacrificada⁵⁰.

De su espíritu de desprendimiento baste recordar algunos detalles: uno, que renunció a varios trabajos con muy buena remuneración económica para dedicarse a la filosofía⁵¹; otro, su no quejarse por no ser seguido o tenido en cuenta⁵²; un tercero, que estaba desprendido hasta de sus escritos, pues confiaba en nosotros de cara a su tratamiento y publicación⁵³; uno último y pequeño, que solía ir de la universidad a casa en autobús urbano⁵⁴.

Abierto a todos⁵⁵, era muy amigo de sus amigos⁵⁶, sacaba a relucir lo bueno de cada uno y cuando no podía alabar guardaba silencio. No criticaba, porque según decía, la inteligencia no está hecha para la crítica, ya que con ella se esteriliza; pues está diseñada para llegar a la contemplación⁵⁷. Tampoco reprochó a nadie que previamente le hubiese seguido el que después de distanciarse de sus planteamientos⁵⁸. Los amigos de Leonardo Polo destacan de él que le gustaba estar con los demás, independiente de su distinción de edad y ocupación⁵⁹; que disfrutaba de su compañía porque era sencillo, cordial, amable⁶⁰, accesible, cercano⁶¹, con empatía⁶²; que se dejaba querer⁶³.

⁴⁹ Cfr. Molano, E., 347.

⁵⁰ Cfr. Falgueras, I., 169.

⁵¹ Cfr. Molano, E., 341.

⁵² Cfr. Pintado, P., 426.

⁵³ Cfr. Pintado, P., 417, 425-426.

⁵⁴ Cfr. Aguilera, J. C., 47; Hernández Urigüen, R., 259; Moros, E., 361.

⁵⁵ Cfr. Vélez, G., 544.

⁵⁶ Cfr. Pastor, J., 407. Y sigue siendo amigo de otros que no le conocieron en vida. Cfr. Martino, S., 594.

⁵⁷ Cfr. Sánchez Garrido, P., 482; Sanguinetti, J. J., 486; Múgica, L. F., 631.

⁵⁸ Cfr. Múgica, L. F., 632.

⁵⁹ Cfr. Callejo, D., 110; Corazón, R., 133; Ferreiro, P., 178; Pastor, J., 403; Polaino, A., 431; Sesma, P., 525.

⁶⁰ Cfr. Alonso, A., 61; Bram, G., 97; Brun, C., 100-102; De la Lama, E., 141; Doral, J. A., 154-156; García-Valiño, J., 235; González Enciso, A., 240; Guasch, J. M., 251; Hervada, J., 264; Izaguirre, J. M., 269; Jiménez, J. A., 277; Lombo, J. A., 293; López Jurado, B., 304; Lozano, B., 306; Lucas, I., 307; Martínez, M., 324; Miralbell, I., 337; Molano, E., 340-341, 345; Monasterio, C., 355; Moros, E., 362; Navas, A., 380; Ponz, F., 436; Sanguinetti, J. J., 486; Sesma, P., 524-525; Soriano, G., 527; Urabayen, J., 532; Vélez, G., 544; Zorroza, I., 559, 561; Bobadilla, E., 624; Múgica, L. F., 632.

⁶¹ Cfr. Jaramillo, L. F., 274; Lombo, J. A., 287; Molano, E., 345; Navas, A., 381; Ortiz de Landáuzuri, C., 391-392; Rodríguez Sedano, A., 445; Sánchez Garrido, P., 481; Sesma, P., 525; Urabayen, J., 531; Zorroza, I., 559.

⁶² Cfr. Navas, A., 381.

⁶³ Cfr. De la Lama, E., 140.

Conocedor de su propia valía⁶⁴, era muy humilde⁶⁵ y estaba siempre disponible⁶⁶, ya que era muy generoso en la dedicación del tiempo a los otros⁶⁷. Era de aire pacífico y de conversación pausada⁶⁸, intensa, amena⁶⁹, acogedora⁷⁰; siempre sereno⁷¹, nunca con prisas⁷², concentrado⁷³, pues como decía, ‘pensar es pararse a pensar’, expresión que no sólo es fruto de su propia experiencia, sino que, bien mirada, es una formidable enseñanza para toda la civilización de nuestra altura histórica.

Polo carecía de respetos humanos⁷⁴. Hablaba claramente, pero era afectuoso⁷⁵, en especial para con los niños⁷⁶; de gran corazón y fina ironía⁷⁷, sim-

⁶⁴ Cfr. Vélez, G., 544.

⁶⁵ La humildad de D. Leonardo es la virtud que más llamaba la atención al Profesor y colaborador suyo D. Ángel Luis González García. Cfr. asimismo: Callejo, D., 110; Camey, C., 110-111; Castillo, G., 121-122; Collado, S., 128; Corazón, R., 134; Crespo, M. G., 137; De la Lama, E., 140; Falgueras, I., 168; Fernández, S., 177; Ferreiro, P., 179; Flaquer, J., 188; Franquet, M. J., 195-196; García, J. A., 210; García Turza, C., 226; González Couture, G., 248; Hernández Urigüen, R., 262; Hita, I., 265; Izaguirre, J. M., 268; Lombo, J. A., 285; Mannion, M., 309; Miralbell, I., 338; Molano, E., 341, 343; Monterde, R., 358; Morán, J., 360; Ortigosa, S., 389; Pastor, J., 406; Pintado, P., 425; Rodríguez Sedano, A., 444, 446; Sánchez Garrido, P., 481; Santamaría, M., 487; Sesma, P., 525; Soriano, G., 527; Vargas, A., 538; Vélaz, I., 543; Vélez, G., 544; Vives, R., 553; Múgica, L. F., 632. Esa humildad también se manifiesta en sus escritos. Cfr. Assirio, J., 567; Fresneda, S., 575; González Mérida, J. C., 580; Podhorski, J. M., 609.

⁶⁶ Cfr. Alcázar, M., 50; Brun, C., 101; Calderón, I., 108; Castilla, B., 113; Díez, P., 150; Domínguez, P., 153; Fernández, F., 175; Hervada, J., 264; Jiménez, J. A., 277; López Padilla, J., 300; Martínez-Echevarría, M. A., 318; Mendonça, M., 326; Ortiz Ibarz, J. M., 394; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Pastor, J., 408; Rodríguez Sedano, A., 444, 447; Rospigliosi, J., 456; Rubio, M., 466; Ruiz Ibáñez, J. F., 469; Sanguineti, J. J., 486; Urabayen, J., 532; Valderrama, J. C., 533; Vélaz, I., 543; Zorroza, I., 559.

⁶⁷ Cfr. Alvira, R., 62; Araujo, A. M., 72; Aspillaga, C., 77; Castillo, G., 116; Corazón, R., 134; Egüigüen, L. F., 161; Fernández, F., 176; Ferreiro, P., 185; Fontana, A., 189-191; González Enciso, A., 238; Mannion, M., 310; Martínez Acuña, M. E., 322-323; Martínez, M., 324; Mendz, G., 329; Molina, F., 351; Ortiz Ibarz, J. M., 394; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Ponz, F., 435; Rodríguez Sedano, A., 447; Rubio de Urquía, R., 465; Rubio, M., 466-467; Sanguineti, J. J., 486; Sanz, V., 491; Urabayen, J., 532; Vergara, J., 545; Zorroza, I., 561; Múgica, L. F., 632.

⁶⁸ Cfr. Codina, M., 124; González Enciso, A., 238; Jiménez, J. A., 276; Polaino, A., 430. También a través de sus escritos se notan estos rasgos. Cfr. Podhorski, J. M., 608; Saldón, E., 609.

⁶⁹ Cfr. Alfaro, J., 54; Corazón, R., 130.

⁷⁰ Cfr. Corazón, R., 134; De la Lama, E., 140.

⁷¹ Cfr. Aranguren, J., 67; Corazón, R., 134; Díez, P., 150; Falgueras, I., 169, 171; Fernández, F., 172; Jiménez, J. A., 276; Moscol, R., 364; Sambataro, P., 475; Sanguineti, J. J., 486; Zorroza, I., 561; Múgica, L. F., 632.

⁷² Cfr. Molano, E., 342-343.

⁷³ Cfr. Sanz, V., 491; Vélaz, I., 542; Zorroza, I., 558.

⁷⁴ Cfr. Aspillaga, C., 77; Corazón, R., 134; Hernández Urigüen, R., 261.

⁷⁵ Cfr. Flaquer, J., 188; González, G., 247; Miralbell, I., 337; Murillo, J. I., 367; Palacios, E. M., 398; Ponz, F., 436; Prieto Álvarez, N., 439; Vargas, C., 535.

⁷⁶ Cfr. Sesma, P., 524.

⁷⁷ Cfr. Bañares, L., 81; De los Ríos, R., 143; Falgueras, I., 169; Fontana, A., 190; Mannion, M., 309.

pático⁷⁸. No era locuaz⁷⁹, pero en las conversaciones sabía hacer de vez en cuando un comentario agudo, enriquecedor, o una broma⁸⁰, por ejemplo, llamando a alguien de modo jocoso⁸¹. Algunos han reparado que ese trato con los demás –también su trabajo de pensar– iba acompañado de un constante recogimiento interior⁸², como si estuviese viendo a esa persona desde el punto de vista divino. Por eso, era un hombre, dicen otros, de gran unidad de vida⁸³ que fomentaba la unidad y la convivencia armoniosa⁸⁴. Daba asimismo muy buenos consejos profesionales⁸⁵, y sugería echar en saco roto las preocupaciones pasadas⁸⁶.

Algunas manifestaciones suyas para con los amigos fueron, por ejemplo, darles un buen abrazo⁸⁷, preguntarles –directamente⁸⁸ o por teléfono⁸⁹– por los miembros de su familia y por sus amigos, llevarles algún regalo⁹⁰, prologarles el libro que querían publicar⁹¹, regalarles un libro propio con alguna dedicación⁹², pronunciar una conferencia o discurso en su memoria⁹³, etc. En síntesis, con los amigos era un hombre bueno⁹⁴, entrañable⁹⁵, de muy buen corazón, de una gran nobleza interior⁹⁶.

⁷⁸ Cfr. De la Lama, E., 140; Doral, J. A., 154-156; Martí, M., 313; Molano, E., 345; Pastor, J., 402; Sagües, J., 469. Este rasgo se capta en sus escritos. Cfr. Podhorski, J. M., 608.

⁷⁹ Cfr. Codina, M., 124; Pintado, P., 418; Sesma, P., 525.

⁸⁰ Cfr. Callejo, D., 110; González Umeres, L., 243; Illanes, J. L., 267; Labrada, M. A., 278; Lombo, J. A., 287; López Jurado, B., 302; Martínez Caro, D., 317; Molano, E., 337; Murillo, J. I., 375; Olivera, C., 388; Ortiz de Landázuri, C., 392; Pastor, J., 400-404; Pintado, P., 423, 426; Ponz, F., 436-437; Romera, L., 451; Urabayen, J., 531.

⁸¹ Cfr. Murillo, J. I., 375; Ortiz de Landázuri, C., 394; Pintado, 418; Polaino, A., 431; Rospigliosi, J., 459.

⁸² Cfr. Corazón, R., 134; Monterde, R., 359; Zorroza, I., 558.

⁸³ Cfr. Baturone, L., 87; Calderón, I., 109; Clavell, L., 122; Mannion, M., 309; Molano, E., 343; Monasterio, C., 355; Ostiz, M., 397; Rodríguez Sedano, A., 446; Santamaría, M., 487; Zorroza, I., 561.

⁸⁴ Cfr. Múgica, L. F., 632.

⁸⁵ Cfr. Nubiola, J., 383; Olivera, C., 387-388.

⁸⁶ Cfr. Nubiola, J., 383.

⁸⁷ Cfr. Díaz Pintos, G., 148.

⁸⁸ Cfr. García, J. A., 211; Haya, F., 257. Siembre que el Profesor Juan Arana venía a Pamplona me pedía que le acompañara a ver a Leonado Polo a su casa. Soy testigo de que Polo le preguntaba por su esposa e hija.

⁸⁹ Cfr. Rodríguez Rosado, J. J., 449.

⁹⁰ Cfr. García, J. A., 209; Picos, A., 416.

⁹¹ Cfr. Sambataro, P., 476; Segura, A., 496.

⁹² Cfr. Sambataro, 477; Sánchez Garrido, P., 481; Vargas, C., 536.

⁹³ Cfr. Domínguez, P., 153; Rodríguez Rosado, J. J., 449.

⁹⁴ Cfr. Bobadilla, F., 623; Fernández, S., 176; Hita, I., 264; Jiménez, A., 276; Molano, E., 341; Molina, F., 353; Sánchez Garrido, P., 483; Segura, A., 494.

⁹⁵ Cfr. González García, Á. L., 630.

⁹⁶ Cfr. Molano, E., 341, 345.

3. SU PERSONALIDAD EN EL ÁMBITO PROFESIONAL

En el ámbito laboral cabe indicar que Leonardo Polo tomó su trabajo –la expresión es suya– como ‘un encargo divino’ –y también de san Josemaría, quien le llamaba ‘mi filósofo’⁹⁷–, o sea, como una vocación profesional clara⁹⁸, un proyecto tan dedicado como de largo plazo⁹⁹, que cumplió heroicamente a pesar de las adversas vicisitudes internas y externas por las que tuvo que atravesar a lo largo de su vida, pues, en primer lugar, se esforzó por descubrir hallazgos filosóficos de primera magnitud, viviendo enamorado de la filosofía¹⁰⁰ y, en segundo lugar, los expuso de modo extraordinario, porque transmitía lo que portentosamente vivía y alumbraba –con filosofía viva–, en acto¹⁰¹, pensando en voz alta –que paradójicamente era baja, parsimoniosa y grave¹⁰²–, repensando de nuevo los temas más relevantes¹⁰³.

Siempre estaba pensando¹⁰⁴, descubriendo cada vez nuevos mediterráneos hasta dejar pasmado al oyente, sea cual fuese su formación, profesión u orientación ideológica¹⁰⁵. Pero esta tarea le llevaba tiempo, porque ‘le costaba calentar motores’¹⁰⁶, es decir, antes de entrar a fondo enmarcaba muy bien el tema, e iba aproximándose a él poco a poco, hasta que al final se hacia la gran luz. Para ello, además de su inusitada inteligencia, contaba con una gran ventaja: su capacidad de admiración ante cualquier realidad¹⁰⁷.

⁹⁷ Cfr. Zorroza, I., 561.

⁹⁸ Cfr. Molano, E., 341; Nubiola, J., 383; Ortiz Ibarz, J. M., 393; Pastor, J., 406; Rubio de Urquía, R., 465; Vargas, A., 539.

⁹⁹ Cfr. Rodríguez Sedano, A., 447; Rubio de Urquía, R., 465.

¹⁰⁰ Cfr. González, G., 247; Illanes, J. L., 267.

¹⁰¹ Cfr. Castillo, G., 117-118; Eguiguren, J. F., 162; Falgueras, I., 168; Ferreiro, P., 179; Fidalgo, J. M., 187; Franquet, M. J., 195; García Clavel, M., 204; García Cuadrado, J. A., 206; González, G., 246; Guasch, J. M., 251; Jaramillo, L. F., 275; Jiménez, J. A., 276; Labrada, M. A., 278; Lorda, J. L., 305; Mannion, M., 309; Martínez Priego, C., 320; Mercado, J. A., 331; Molano, E., 343; Murillo, J. I., 372; Navas, A., 380; Ortigosa, S., 389; Ortiz de Landázuri, C., 392; Peña Vial, J., 410; Prieto Álvarez, N., 439; Riaza, C., 442; Romea, L., 450; Rubio, M., 567; Sanguinetti, J. J., 485; Sanz, V., 492; Segura, A., 496; Urabayan, J., 531; Vélaz, I., 542; Zorroza, I., 556; González Álvarez, A. L., 630.

¹⁰² Cfr. Monasterio, C., 355; Moscol, R., 364; Nubiola, J., 382; Ortiz Ibarz, J. M., 393; Polaino, A., 430; Riaza, C., 442; Rubio, M., 467; Sánchez Garrido, P., 481; Segura, A., 494-498; Súnico, J., 530; Urabayan, J., 531; Valderrama, J. C., 533; Vélaz, I., 542.

¹⁰³ Cfr. Romera, L., 450.

¹⁰⁴ Cfr. García Clavel, M., 204; García Cuadrado, J. A., 206; González Ollé, F., 241; Illanes, J. L., 266; Martínez Caro, D., 317; Peña Vial, J., 414; Polaino, A., 431; Sambataro, P., 476; Sesma, P., 524; Vargas, C., 535.

¹⁰⁵ Cfr. Acosta, M., 41; Gallego, J. A., 199; Izaguirre, J. M., 269.

¹⁰⁶ Cfr. Molano, E., 347; Moros, E., 361; Navas, A., 380; Palacios, E. M., 397; Pardo, A., 400; Peña Vial, J., 410; Sanguinetti, J. J., 485; Vélaz, I., 542; Zorroza, I., 558, 560; Bobadilla, F., 624.

¹⁰⁷ Cfr. Saranyana, J. I., 493; Sesma, P., 525; Vélez, G., 544; Fresneda, S., 575.

Muchos testigos presenciales de su actividad magisterial destacan su altura intelectual (o, más bien, su genialidad¹⁰⁸), su saber enciclopédico¹⁰⁹, su amor a la verdad¹¹⁰, su sabiduría¹¹¹, profundidad, coherencia y claridad en sus explicaciones orales¹¹², su continuidad de un día a otro en el hilo conductor de las mismas, su rigor intelectual¹¹³, su gran memoria¹¹⁴ (siempre citaba de memoria), su honestidad¹¹⁵, cortesía, lealtad a las cosas y su fidelidad a las personas¹¹⁶; su no secundar lo ‘políticamente correcto’, ya que llamaba error al error¹¹⁷ y verdad a la verdad; su sinceridad, su hablar pausado y cálido¹¹⁸, su capacidad de diálogo¹¹⁹, su compostura, serenidad y moderación en la discu-

¹⁰⁸ Cfr. Colbert, J., 125; Haya, F., 253; Izaguirre, J. M., 269; Jaliff, A., 271; Miñón, A., 334; Monge, M. A., 356; Murillo, J. I., 377; Pastor, J., 406; Peña Vial, J., 410, 413; Rospigliosi, J., 461; Sagües, J., 470; Saranyana, J. I., 492-493; Segura, A., 494; Vargas, A., 539; Vives, R., 553; Yarce, J., 555. Esta descollante cualidad se advierte, obviamente, en sus textos. Cfr. Fresneda, S., 575; Martino, S., 594.

¹⁰⁹ Cfr. Peña Vial, J., 414; Rospigliosi, J., 453; Urabayen, J., 531; Yarce, J., 555.

¹¹⁰ Cfr. Conesa, M. D., 128; Corazón, R., 134; Crespo, M. G., 137; Díaz Pintos, G., 147; Dolby, M. C., 151; Falgueras, I., 167, 170; Fernández, S., 176; Fidalgo, J. M., 187; Fuente, A., 198; Hervada, J., 264; Izaguirre, J. M., 269; Miñón, A., 334; Monasterio, C., 355; Pintado, P., 422; Ponz, F., 435; Rodríguez Sedano, A., 444; Valderrama, J. C., 533; Vergara, J., 545; Múgica, L. F., 631. Algunos que no conocieron a Polo, algunos han descubierto esa pasión por la verdad en sus escritos. Cfr. Cazzola, D., 570.

¹¹¹ Cfr. Brun, C., 100-102; Corcuera, P., 135; García Turza, C., 226; García Alonso, P., 233; García Alonso, R., 234; González Umeres, L., 242; González Couture, G., 249; Ortigosa, S., 389; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Pintado, P., 422; Sambataro, P., 475; Saranyana, J. I., 493; Segura, A., 494; Vélaz, I., 543.

¹¹² Cfr. Braña, J., 98; Castilla, B., 114 y 120; De Meer, F., 146; Dolby, M. C., 150; Doral, J. A., 154; Falgueras, I., 164; Fernández, F., 172, 176; Fernández, S., 176; Fidalgo, J. M., 187; Fraile, M., 192; Franquet, M. J., 193; García Ruiz, P., 221-222; García Turza, C., 227; García-Valdecasas, M., 230; Illanes, J. L., 265-266; Izaguirre, J. M., 268; Jiménez, J. A., 276; Lapel, V. C., 280; Lombo, J. A., 284, 290; Lozano, B., 306; Martín Algarra, M., 314; Martínez Caro, D., 315-316; Martínez Acuña, M. A., 322; Martínez Sáez, S., 325; Mendonça, M., 326-327; Mendz, G., 328; Mir, J. I., 335; Miralbell, I., 337; Moscoso, A. I., 367; Murillo, J. I., 372; Navas, A., 380; Ortiz Ibarz, J. M., 393; Palacios, E. M., 398; Pallais, R., 399; Pastor, J., 400; Peña Vial, J., 410; Polaino, A., 429; Ponz, F., 435; Rodrich, R., 444; Sambataro, P., 479; Sanguinetti, J. J., 485; Sanz, V., 492; Súnico, J., 530; Vargas, M., 536; Velarde, C., 541; Vélaz, I., 542; Vélez, G., 544; Zorroza, I., 558-560. La coherencia acompaña también a su obra escrita, según ratifican: González Mérida, J. C., 579; Podhorski, J. M., 608; Sánchez León, A., 611; Solomiewicz, A., 613; Bobadilla, F., 624; González García, Á. L., 629.

¹¹³ Cfr. Cadavid, M. V., 104; García Turza, C., 237; Labrada, M. A., 278; Lombo, J. A., 283-284; Miñón, A., 334; Riaza, C., 443; Sagües, J., 469; Vélaz, I., 542.

¹¹⁴ Cfr. Monge, M. A., 356.

¹¹⁵ Cfr. Conesa, M. D., 128. Esta cualidad se ha notado asimismo en sus escritos. Cfr. Fresneda, S., 575.

¹¹⁶ Cfr. Rubio de Urquía, R., 465.

¹¹⁷ Cfr. Conesa, M. D., 128; Haya, F., 255; Lombo, J. A., 291; Súnico, J., 530; Vergara, J., 547.

¹¹⁸ Cfr. Braña, J., 98; Sesma, P., 452.

¹¹⁹ Cfr. Fernández, F., 174; Rodríguez Sedano, A., 444, 447; González Álvarez, A. L., 630.

sión¹²⁰, pues no le gustaba polemizar, ya que de ese modo –según decía– no se podía avanzar en conocimiento¹²¹; su libertad de espíritu¹²², pues sus tesis las ofrecía a modo de propuestas¹²³, las cuales son de libre aceptación, estando por tanto lejos de dogmatismos¹²⁴, confesionalismos¹²⁵ y moralinas¹²⁶, lo cual es compatible con la seguridad o firmeza¹²⁷ con que exponía sus hallazgos. También por ello dejaba a sus doctorandos una inmensa libertad de pensamiento¹²⁸, fomentando a la par su responsabilidad para destinarse con ella¹²⁹.

Tenía una poderosa capacidad de análisis¹³⁰ y aún mayor de síntesis¹³¹; pero por encima de ellas destacaba su intuición para con los temas de fondo¹³². Era olímpicamente original sin buscar nunca la originalidad¹³³. Destacada fue su audacia intelectual¹³⁴, su magnanimidad¹³⁵, su agradecimiento¹³⁶ (también con los regalos de poco o mucho valor que se le hacían¹³⁷), su carácter recio¹³⁸. Sus exposiciones eran amenas¹³⁹, con un sutil sentido del humor y agudeza¹⁴⁰ y una gran capacidad para llegar a todo tipo de personas –jóvenes y adultos– y

¹²⁰ Cfr. Castillo, G., 117; Corazón, R., 132; Falgueras, I., 166; Pintado, P., 422.

¹²¹ Cfr. Martínez-Echevarría, M. A., 318.

¹²² Cfr. Lombo, J. A., 284, 292; Rodríguez Sedano, A., 445.

¹²³ Cfr. Corazón, R., 133; Hernández Urigüen, R., 262.

¹²⁴ Cfr. Izaguirre, J. M., 269; Sanguinetti, J. J., 486; Vives, R., 553.

¹²⁵ Cfr. Lombo, J. A., 284; Rubio de Urquía, R., 465; Saranyana, J. I., 493.

¹²⁶ Cfr. Labrada, M. A., 279; Miñón, A., 334.

¹²⁷ Cfr. Bernal, A., 92; Braña, J., 97; García Muñoz, A. J., 217.

¹²⁸ Cfr. Murillo, J. I., 373; Ortiz de Landázuri, C., 392; Romera, L., 450; Múgica, L. F., 631-632.

¹²⁹ Cfr. Vergara, J., 546.

¹³⁰ Cfr. Bernal, S., 94; Braña, J., 97.

¹³¹ Cfr. Molano, E., 345; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Peña Vial, J., 410.

¹³² Cfr. Cadavid, V., 104; Molano, E., 341; Eguigren, L., 163; Sambataro, P., 477; Segura, A., 494-497; Cazzola, D., 570.

¹³³ Cfr. Gallego, J. L., 200; Haya, F., 255; Hernández Urigüen, R., 258; Hervada, J., 264; Izaguirre, J. M., 268; Lombo, J. A., 284; Mannion, M., 309; Miñón, A., 334; Navas, A., 381; Nubiola, J., 382; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Sagües, J., 469; Sanz, V., 492; Yarce, J., 555; Bobadilla, F., 624; Gómez Veas, G., 627; González Álvarez, A. L., 630.

¹³⁴ Cfr. Jaliff, A., 272; Vargas, A., 539; Vélaz, I., 542.

¹³⁵ Cfr. Eguiguren, J. F., 162; García, J. A., 211; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Rubio de Urquía, R., 465; Múgica, L. F., 632.

¹³⁶ Cfr. García, J. A., 210; Gómez Cantero, J. A., 237; Lucas, I., 307; Molina, F., 352; Fresneda, S., 575.

¹³⁷ Cfr. Molano, E., 349.

¹³⁸ Cfr. Herrera, S., 263.

¹³⁹ Cfr. Fraile, M., 192; García Ruiz, P., 222.

¹⁴⁰ Cfr. Cadavid, M. V., 103; Corcuera, P., 135.

de diversas profesiones –estudiantes y profesores en diversas áreas, empresarios y trabajadores, etc.–¹⁴¹, a lo que añadía su posterior trato personal con ellas¹⁴², pues escuchaba y atendía a las personas, y siempre con una sonrisa¹⁴³. Era tan discreto que pasaba inadvertido¹⁴⁴, dejando el protagonismo y la celebridad a otros colegas. Lejos de sentirse imprescindible en alguna tarea o asignatura, era multidisciplinar¹⁴⁵, llamándose a sí mismo ‘el sobrero’¹⁴⁶, aludiendo con este término taurino al toro de reserva que se guarda en las corridas, porque él animaba a los demás a repartirse las asignaturas quedándose para sí la que nadie hubiese escogido.

Los testigos destacan también en él su gran categoría humana¹⁴⁷, su sencillez¹⁴⁸, su estar al margen del éxito personal por servir a la verdad¹⁴⁹, su respeto a los demás y a sus ideas¹⁵⁰, su confianza con los colegas¹⁵¹, su comprensión para con las limitaciones de sus colaboradores¹⁵², su vivir esperanzado ante el crecimiento propio en orden a descubrir más verdad¹⁵³, su optimismo res-

¹⁴¹ Cfr. Calderón, I., 108; González Enciso, A., 238; Jaramillo, L. F., 274; Lescano, L., 281; Moros, E., 361; Moya, F., 368; Murillo, J. I., 371; Naval, C., 379; Ortiz de Landázuri, C., 391; Peña Vial, J., 411; Ponz, F., 436. Esa apertura a todos llama también la atención de quienes no le conocieron personalmente. Cfr. Sołomiewicz, A., 613; Torres, J. M., 616-617; van Schalkwijk, D., 618; Gómez Veas, L., 627.

¹⁴² Cfr. Izaguirre, J. M., 270; Ponz, F., 435; Rodríguez Sedano, A., 447.

¹⁴³ Cfr. Acosta, M., 43; Aguilera, J. C., 45; Brun, C., 102; Corcuera, P., 135; Díaz Pintos, G., 147; Díez, P., 150; Fernández, F., 172; Flaquer, J., 188; Fraile, M., 192; Hita, I., 265; Jiménez, J. A., 277; Lozano, B., 307; Martínez Acuña, M. E., 322; Rodríguez Sedano, A., 447; Rospigliosi, J., 460; Rubio, M., 467-468; Sánchez Garrido, P., 480; Sanguinetti, J. J., 486; Saranyana, J. I., 493; Sesma, P., 524; Soriano, G., 528; Urabayen, J., 531; Valderrama, J. C., 533, Vázquez de Prada, V., 540; Vélaz, I., 542; Vergara, J., 547; Zorroza, I., 560.

¹⁴⁴ Cfr. Pintado, P., 423; Rospigliosi, J., 459; Vargas, A., 538; Múgica, L. F., 632.

¹⁴⁵ Cfr. Rodríguez Sedano, A., 447; Sagües, J., 469-470.

¹⁴⁶ Cfr. Franquet, M. J., 195.

¹⁴⁷ Cfr. Martínez, M., 325.

¹⁴⁸ Cfr. Aguilera, J. C., 45; Calderón, I., 108; Castillo, G., 121; Collado, S., 126; Corcuera, P., 135; Fontana, A., 191; García Kihn, M. A., 215; García Muñoz, A. J., 218; Lombo, J. A., 294; Lozano, B., 207; Martínez Acuña, M. E., 322; Pintado, P., 426; Polaino, A., 431; Ponz, F., 435; Rodríguez Sedano, A., 444; Rospigliosi, J., 454.

¹⁴⁹ Cfr. Pallais, R., 399; Pastor, J., 407; Polaino, A., 431; Prieto Álvarez, N., 439; Rodríguez Sedano, A., 447; Romera, L., 450; Rospigliosi, J., 458; Sánchez Garrido, P., 481; Sanguinetti, J. J., 486; Valderrama, J. C., 534; Zorroza, I., 559, 561; Múgica, L. F., 631.

¹⁵⁰ Cfr. Alcázar, M., 52-53; García Cuadrado, J. A., 206; López Escobar, E., 296; Martínez Acuña, M. E., 322; Mercado, J. A., 330; Miñón, A., 334; Ortiz Ibarz, J. M., 394; Sanz, V., 492.

¹⁵¹ Cfr. Bañares, L., 81; Ortiz Ibarz, J. M., 394.

¹⁵² Cfr. Murillo, J. I., 370.

¹⁵³ Cfr. García Muñoz, A. J., 219; García Turza, C., 228; Monterde, R., 358; Nubiola, J., 384; Pintado, P., 422; Rodríguez Sedano, A., 446.

pecto del desarrollo intelectual de las otras personas¹⁵⁴, a las que ayudaba a pensar¹⁵⁵, y asimismo su optimismo ante el futuro de la Universidad de Navarra y de aquellas otras en las que colaboró¹⁵⁶, y ante el progreso de la interdisciplinariedad en su seno¹⁵⁷.

Quienes coincidieron con él en estas y otras instituciones universitarias subrayan su aprovechamiento del tiempo¹⁵⁸, su cuidado y disfrute de las cosas pequeñas¹⁵⁹, su trabajo bien hecho¹⁶⁰, su pensar en los demás¹⁶¹, su servicio¹⁶², el no hacer acepción de personas¹⁶³, su profundo conocimiento de los otros (profesores y alumnos)¹⁶⁴, su flexibilidad, su afabilidad en el trato¹⁶⁵, su ser un auténtico filósofo¹⁶⁶ y maestro¹⁶⁷ y, sobre todo, el no hablar mal de nadie¹⁶⁸. Seguramente esto último responde a su gran pasión intelectual por entender cada vez mejor al hombre¹⁶⁹, que lleva a comprender mejor el plan de Dios sobre cada uno y a Dios mismo¹⁷⁰.

Algunos testigos destacan su generosidad y valentía para ir a América durante sus vacaciones estivales en la Universidad de Navarra, para ayudar a las

¹⁵⁴ Cfr. Castillo, G., 117; Doral, J. A., 156; Falgueras, I., 168; Ferrer, U., 186; Morán, J., 360; Polaino, A., 431; Ponz, F., 436; Vergara, J., 548; Zorroza, I., 561; Gómez Veas, G., 628; Múgica, L. F., 632; Romero, J. J., 634.

¹⁵⁵ Cfr. Polaino, A., 431; Romera, L., 450; Santamaría, M., 487 ss.; Súnico, J., 530; Vélaz, I., 542; Vergara, J., 547; Vives, R., 551; Múgica, L. F., 631.

¹⁵⁶ Cfr. Beguiristain, M. A., 89; Múgica, L. F., 633.

¹⁵⁷ Cfr. González Enciso, A., 238; Vives, R., 551-552.

¹⁵⁸ Cfr. Castillo, G., 116.

¹⁵⁹ Cfr. Castillo, G., 116; Guerrero, D., 252; Haya, F., 256; Monge, M. A., 356.

¹⁶⁰ Cfr. Nubiola, J., 383.

¹⁶¹ Cfr. Castillo, G., 117; Cruz, M., 138; Vives, R., 553.

¹⁶² Cfr. Hita, I., 265; Morán, J., 360; Moscoso, A. I., 367; Ortiz Ibarz, J. M., 394; Ponz, F., 436.

¹⁶³ Cfr. Castillo, G., 117.

¹⁶⁴ Cfr. Castillo, G., 117; Molina, F., 350.

¹⁶⁵ Cfr. Castells, M., 112; Castillo, G., 117; Díez, P., 150; Domínguez, P., 153; García-Valiño, J., 235; Haya, F., 257; Hita, I., 264; Lombo, J. A., 287; Mendz, G., 328; Pintado, P., 424; Polaino, A., 431; Rubio de Urquía, R., 465; Valderrama, J. C., 532.

¹⁶⁶ González Couture, G., 248; Haya, F., 253; Morán, J., 359; Murillo, J. I., 370; Ortigosa, S., 389; Ponz, F., 436; Sagües, J., 470; Sánchez Garrido, P., 482.

¹⁶⁷ Cfr. Conesa, M. D., 129; García Alonso, P., 233; González Enciso, A., 238; González Umeres, L., 242; Guerrero, D., 252; Hernández Urigüen, R., 262; Izaguirre, J. M., 268; Jaliff, A., 271-273; Murillo, J. I., 377; Navas, A., 381; Ortiz de Landázuri, C., 392; Ruiz Ibáñez, J. F., 469; Sanz, V., 492; Vélaz, I., 543; Yarce, J., 555; González Álvarez, A. L., 630. También hay quien no habiéndole conocido personalmente le reconoce 'su maestro'. Cfr. Martino, S., 594.

¹⁶⁸ Cfr. Castillo, G., 118; Haya, F., 257. Esta actitud suya la he podido experimentar personalmente muchas veces.

¹⁶⁹ Cfr. Monasterio, C., 356.

¹⁷⁰ Cfr. García Turza, C., 228.

incipientes universidades obras corporativas del Opus Dei¹⁷¹. Para una persona de una edad que giraba en torno de los 60 años, que se ha fatigado pensando mucho durante el curso, esa esplendidez –además de manifestar su respuesta fiel a un encargo de san Josemaría– es sin duda meritoria.

Algunos testigos resaltan que Polo también era práctico¹⁷², no sólo porque, por ejemplo, conducía muy bien en automóvil¹⁷³, o porque estaba al día sobre el precio del dólar¹⁷⁴, sino también porque en el terreno profesional fomentó muchas vocaciones filosóficas¹⁷⁵ y ayudó a perseverar a otras¹⁷⁶. Su practicidad la advierten otros precisamente en lo que algunos le han criticado, a saber, que la redacción de sus escritos fuese poco literaria, pues los primeros notan gran precisión en los términos empleados¹⁷⁷, evadiendo así confusiones y blandas analogías. Su valor práctico lo ponen algunos en que les ayudó a pensar¹⁷⁸, y como el pensamiento dirige la vida humana, tal ayuda es práctica. Y otros que no le han conocido personalmente, pero que leen sus libros, indican que lo más práctico que han encontrado para fundamentar sus disciplinas (estudios sobre familia, universidad, empresa, sobre ética, psicología, sociología, cultura, etc.) y otros tipos de trabajos es la antropología poliana¹⁷⁹.

Lo que precede es lo que los demás reiteran de Leonardo Polo, lo cual si se tiene en cuenta que responde a 245 testimonios escritos sobre él, teniendo en cuenta que tales informes son convergentes en los tres ámbitos indicados –*familiar*, de *amistad* y *profesional*– llama bastante la atención, sobre todo al advertir que buena parte de tales testimonios son de filósofos, los cuales difícilmente se ponen de acuerdo... Pero ahora, si interesa mi parecer, lo puedo sintetizar escuetamente de este modo: en el ámbito *familiar*, para mí Polo fue un hijo bueno y fiel; en plano de la *amistad*, fue un gran amigo; y en el plano *profesional*, para mí Leonardo Polo es el mayor don de Dios otorgado a la filosofía de entre los habidos hasta la fecha.

¹⁷¹ Cfr., por ejemplo: Castillo, G., 116 ss.; Molano, E., 348-349; Morán, J., 359 ss.; Nubiola, J., 384; Pastor, J., 403; Peña Vial, J., 611; Rodríguez Sedano, A., 447; Zorroza, I., 560; Belletich, E., 622.

¹⁷² Cfr. Ortiz Ibarz, M. T., 395.

¹⁷³ Cfr. Molano, E., 349; Molina, F., 351; Rodríguez Rosado, J. J., 449; Yarce, J., 555.

¹⁷⁴ Cfr. Zorroza, I., 557.

¹⁷⁵ Cfr. Martínez Acuña, M. E., 321; Pintado, P., 416; Riaza, C., 442.

¹⁷⁶ Cfr. Mocchi, B., 596.

¹⁷⁷ Cfr. Vélaz, I., 542.

¹⁷⁸ Cfr. Vergara, J., 547.

¹⁷⁹ Cfr. Martino, S., 594; Mundaka, R., 607.

Nótese respecto de esto último que él solo se medía con los grandes del pensamiento (Aristóteles, Tomás de Aquino, Kant, Hegel, Heidegger...)¹⁸⁰, no con los de segunda fila, estando muy abierto a todos ellos¹⁸¹, rescatando de ellos lo positivo, mostrando sus debilidades¹⁸², y superabando sus planteamientos. Pero como no es el momento de ocuparse de su temática filosófica, omitiré concretar este inmenso don divino en cada una de las áreas de este saber humano superior.

En este cuadro de luces faltan por marcar las sombras. Respecto de éstas, algunos podrían repetir aquello de “si yo te contara”... Desde luego, como toda persona humana, Leonardo Polo tenía sus defectos, que en buena medida desconozco, pero siguiendo su ejemplo de ‘no hablar mal de nadie’ es mejor no traerlos a colación. Con todo, de seguro que los testigos de su vida pueden estar de acuerdo en que, si se comparan los aspectos positivos de su existencia con los negativos, salen ganado con mucho los primeros. Al menos, no sé de nadie que haya manifestado lo contrario.

APÉNDICE: SU APERTURA A DIOS

Desde el inicio de su andadura intelectual Leonardo Polo, con mentalidad laical¹⁸³, al margen de ideologías políticas, y con una capacidad de comunicación extraordinaria que captaba, como un imán¹⁸⁴, la atención de todo tipo de personas¹⁸⁵, habló y escribió con naturalidad de Dios¹⁸⁶, tanto filosófica¹⁸⁷ como teológicamente¹⁸⁸, con la teología distintiva de la Iglesia católica (teología a la que se acercaba con respeto y sometiendo siempre sus propias tesis bajo el dictamen del Magisterio¹⁸⁹). Más aún, Polo procedía aunando ambos

¹⁸⁰ Cfr. Molano, E., 346-347; Rodríguez Sedano, A., 446-447; Sánchez Garrido, P., 481-482; Segura, A., 497; Súnico, J., 530; Vergara, J., 546-547; Yarce, J., 555; Saldón, E., 609.

¹⁸¹ Cfr. Pintado, P., 422; Rodríguez Sedano, A., 444.

¹⁸² Cfr. Peña Vial, J., 410.

¹⁸³ Cfr. Doral, J. A., 156.

¹⁸⁴ Cfr. Molina, F., 350.

¹⁸⁵ Cfr. Doral, J. A., 156; Flaquer, J., 188; Guerrero, D., 252; Jiménez, J. A., 277; Lombo, J. A., 288; Mendonça, M., 327; Moros, E., 360; Moya, F., 369; Nubiola, J., 383; Zorroza, I., 558; González Álvarez, A. L., 630.

¹⁸⁶ Cfr. Castillo, G., 118-119; Codina, M., 124; García Muñoz, A. J., 217; Assirio, J., 566.

¹⁸⁷ Cfr. Cadavid, M. V., 194; López Moratalla, N., 298.

¹⁸⁸ Cfr. Bernal, S., 95; Cadavid, M. V., 104; Collado, S., 126; Fontana, A., 189-190; Franquet, M. J., 193-194; Lombo, J. A., 284; Mir, J. I., 335; Molano, E., 343-344; Moscoso, A. I., 368; Ortiz de Landázuri, C., 392; Romera, L., 450; Salcedo, H., 472-475; Vargas, A., 539.

¹⁸⁹ Cfr. Murillo, J. I., 376.

saberes¹⁹⁰, filosofía y teología, pues la una sirve de modo excelente a la otra¹⁹¹, ya que, para él “o la filosofía lleva a Dios o no es verdadera filosofía”¹⁹²; más aún: ‘la intención de toda su filosofía es teológica’¹⁹³.

Pero Polo hablaba y escribía de Dios sin cansar¹⁹⁴. Seguramente el por qué de esta actitud responde a su trato personal con el ser divino, a su constante ‘vida en Dios’¹⁹⁵, a su filiación divina¹⁹⁶, a ser hombre de gran fe¹⁹⁷, y asimismo, de enorme esperanza, de honda caridad¹⁹⁸, pues sabía que el trato con Dios lejos de molestar es el gran descanso, y lo hacía con la sencillez, confianza y piedad propias de un niño¹⁹⁹, siguiendo con perseverancia²⁰⁰ y gran finura²⁰¹ su específico plan de vida cristiano²⁰², que vivía con más profundidad que un teólogo²⁰³. Era un hombre muy espiritual²⁰⁴, magnánimo en lo referente al culto²⁰⁵, y recurría mucho a la Virgen²⁰⁶. Precisamente por eso su apos-

¹⁹⁰ Cfr. Castilla, B., 115; Clavell, L., 122; Gallego, J. A., 202; García, J. A., 211; Martínez Acuña, M. E., 323; Murillo, J. I., 378; Nubiola, J., 383; Piotrozski, B., 427; Quirós, F., 440; Rodríguez Sedano, A., 448; Rospigliosi, J., 459; Sagües, J., 470; Santamaría, M., 487.

¹⁹¹ Cfr. Corazón, R., 134; Pintado, P., 426; Romera, L., 451; Vélez, G., 544; Vives, R., 553; Yarce, J., 555; Cazzola, D., 571; González Mérida, J. C., 579; Montijo, C., 601-605; Sołomiewicz, A., 613.

¹⁹² Corazón, R., 134.

¹⁹³ Cfr. Vives, R., 550. Téngase en cuenta que tras sus 20 años de silencio editorial tras sus primeros y difíciles libros, lo que le hizo volver a escribir y publicar fue su lectura de la encíclica *Redentor hominis* de san Juan Pablo II. Cfr. Pintado, P., 418. Nótese asimismo su particular sensibilidad por las cuestiones relacionadas con la doctrina social de la Iglesia católica. Cfr. Ponz, F., 436. También su penetración sobre las piezas centrales del dogma cristiano. Cfr., entre otros, su libro *Epistemología, creación y divinidad*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXVII, Eunsa, Pamplona, 2015.

¹⁹⁴ Tomado de una conversación que M. Acosta y J. F. Sellés tuvieron con Leonardo Polo en su casa en sus últimos años.

¹⁹⁵ Cfr. Hernández Urigüen, R., 259; Illanes, J. L., 266; Miralbell, I., 338; Peña Vial, J., 414.

¹⁹⁶ Cfr. Hernández Urigüen, R., 260; Posada, J. M., 438; Quirós, F., 440; Soto, M. J., 529; Vargas, C., 536; Vergara, J., 546. Este tema se manifiesta en sus escritos. Cfr. Podhorski, J. M., 608.

¹⁹⁷ Cfr. Rubio de Urquía, R., 465; Sagües, J., 470.

¹⁹⁸ Cfr. Falgueras, I., 170; Molano, E., 344; Rubio de Urquía, R., 465.

¹⁹⁹ Cfr. Castillo, G., 120; Gómez Cantero, J. A., 237; Grimaldi, R., 250; Haya, F., 256; Lombo, J. A., 294; Martínez Acuña, M. E., 322; Miñón, A., 333; Pintado, P., 426; Rovira, M., 461.

²⁰⁰ Cfr. Fontana, A., 191.

²⁰¹ Cfr. De la Lama, E., 140.

²⁰² Cfr. Illanes, J. L., 267; Lombo, J. A., 294; López Jurado, B., 302; Múgica, L. F., 633; Romero, J. J., 634.

²⁰³ Cfr. Corazón, R., 134.

²⁰⁴ Cfr. De La Lama, E., 141; Quirós, F., 443. Este tema se refleja, según algunos, en sus escritos. Cfr. Niño, L. I., 607.

²⁰⁵ Cfr. González Umeres, L., 244; López Jurado, B., 304; Molano, E., 348.

²⁰⁶ Cfr. Codina, M., 125; Illanes, J. L., 268; López Escobar, E., 296; López Jurado, B., 303.

tolado, de palabra y por medio de sus escritos, ha sido tan fino y respetuoso como profundo²⁰⁷.

BIBLIOGRAFÍA

- POLO, L., *Conversaciones sobre Antropología*, agosto de 1996, pro manuscrito.
- POLO, L., *La persona humana y su crecimiento*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XIII, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *La esencia del hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXIII, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *El conocimiento del universo físico*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XX, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. X, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Filosofía y economía*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXV, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Epistemología, creación y divinidad*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXVII, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Ayudar a crecer. Cuestiones de filosofía de la educación*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVIII, Eunsa, Pamplona, 2019.
- SORIANO, G., ZORROZA, M. I., CASTILLO, G., SELLÉS, J. F. (Eds.), *Filósofo, maestro y amigo. 234 testimonios sobre Leonardo Polo*, Eunsa, Pamplona, 2018.

²⁰⁷ Cfr. Sandoval, L. Y., 484; Vives, R., 552; Anónimo, 563-564; Dolby, M. C., 565-566; Assirio, J., 566; Byrne, B., 569; Chicote, D., 572-573; Dassoy, M., 574; Gómez Fonseca, W. D., 576, 578-579; Henríquez, M. M., 587; Irirazabal, J., 588; Martino, S., 595; Moreno, E., 601; von Schalkwijk, D., 618. Alguno lo llama 'maestro de vida interior'. Cfr. Montijo, C., 604.

